



CAPÍTULO XIII.

Cruel fué el primero que templó en veneno el arma de las batallas; más cruel y más digno de execración aquél que derramó veneno en la copa hospitalaria, para infiltrar en las venas la muerte, en lugar de la vida.

Anónimo.

S OBERBIO, caballero! — dijo miss Vernon, en el tono de quien ejercía, como privilegio, el derecho de satirizar. — ¡ Habéis hecho prodigios! No suponía en vos tan bellas disposiciones. ¿ Sabéis que el ensayo de ayer os ha franqueado, por completo, las puertas de la cofradía de Osbaldistone? ¡ Golpe magistral, caballero!

— Tengo conciencia de mis yerros, miss Vernon, y cuanto puedo alegar en defensa propia es que se me habían comunicado ciertos planes que produjeron en mí extraordinaria agitación. De sobras sé que mi conducta fué inconveniente y absurda.

— ¡ Vaya, que no estáis justo! — repuso, sin misericordia. — Segun lo que he visto y sabido, conseguisteis desplegar, en

una sola noche, las cualidades superiores que distinguen á todos vuestros primos juntos: la delicadeza y la magnanimidad del amable Rashleigh, la temperancia de Percie, la serenidad de Thorncliff, la paciencia de John y el furor de Dick por apostar. Si: un individuo solo lo ha ostentado todo á la vez, excojiendo lugar, hora y circunstancias á propósito para hacer honor al buen gusto y al tacto del sabio Wilfrid.

— ¡No me confundáis, por piedad! — exclamé pareciéndome la lección tan ruda como merecida, y atendiendo á su procedencia. — Permitidme alegar, á guisa de explicación de las locuras impropias de mi carácter, las costumbres de esta casa y de este país. ¡Oh! no las apruebo, no, al contrario... por más que ahí está la autoridad de Shakspeare: «el buen vino, (dice en *Othello*,) es una criatura complaciente y familiar por quien deja cojerse el hombre más tarde ó más temprano».

— Si, señor Francis; pero esta socorrida excusa está puesta en boca de Yago, el más redomado picaro que ha retratado Shakspeare... Pero no voy á abusar más de la ventaja que me ofrece vuestra cita, anonadándoos con la vengativa respuesta de Casio al pérfido tentador. Lo que deseo comunicaros es que aquí habita una persona, á lo menos, enojada de ver á un joven de talento y de porvenir precipitarse en el cenegal en que se revuelcan cada noche los moradores de esta casa.

— No he hecho sinó poner el pié en él, y os juro que tanta corrupción me ha indignado de sobras para que vuelva á hundirme más en ella.

— Sensata es la resolución. Lo que he oido decir me ha disgustado tanto, que... ya lo veis, sólo he pensado en vos. Pasemos ahora á lo que me atañe. Ayer, durante la cena, os portasteis conmigo como si hubieseis averiguado algo que me enajenara vuestro afecto. ¿Puedo saber qué es ello?

Quedé viendo visiones. Entre hombres de mundo una explicación de tal índole se efectúa ordinariamente en términos claros y precisos que van derechos al fin; mas entre personas de distinto sexo, se envuelve en perifrasis, circunloquios y precauciones oratorias. De otra parte, mi turbación era ex-

tremada; pues, recordando las confidencias de Rashleigh, veíame obligado á reconocer que, aun cuando fuesen verídicas, hubieran debido inspirarme, con respecto á Diana, mas bien compasión que pueril resentimiento. Aun en el supuesto de que pudieran justificar mi comportamiento, siempre me hubiera sido muy difícil repetir á la joven lo que debía mortificarla en todo su sér.

Viéndome turbado, miss Vernon me dijo en tono apremiante, pero fino y moderado todavía:

— Espero que el señor Osbaldistone no me negará el derecho de pedirle esta explicación. No cuento con pariente alguno que me defienda, y es justo, por tanto, que me defienda yo misma.

Me esforcé, torpemente por cierto, en atribuir la causa de mis tonterías á un repentino malestar, á contrariedades, á noticias de Londres. La joven dejó que apurara todos los recursos, sonriendo con incredulidad, y, cuando hube apurado mi caudal:

— Ahora— dijo, — que habéis concluido vuestro prólogo de excusas con la misma fortuna que se concluyen los prólogos todos, servios correr el telon y presentarme lo que deseo ver. En una palabra: dadme á conocer lo que Rashleigh ha dicho de mí, pues él es el gran tramoyista que pone en juego toda la maquinaria del castillo.

— Y, suponiendo que me haya revelado algo, ¿qué merece quién falta al secreto de un aliado para revelarlo al otro? Segun confesión vuestra, le consideráis todavía aliado, ya que no amigo.

— ¡Basta de ambigüedades y de broma sobre el particular! No tengo paciencia ni deseo de escucharlas. Rashleigh no puede, no debe, no osará abrigar con respecto á mí, Diana Vernon, intenciones que no pueda yo saber. Que entre los dos existen secretos, cierto; pero lo que os ha dicho no puede referirse á ellos, ni es personalmente á mí á quien interesan.

Mientras así hablaba, recobré mi presencia de ánimo, formando la súbita resolución de no referir la especie de confi-

dencia que me hiciera Rashleigh. Repugnábame, como cosa vil, el revelar una conversación privada; nada bueno habría de obtenerse, y miss Vernon lo sentiría, de seguro. Repliqué, pues, gravemente, que sólo había tenido con Rashleigh un frívolo coloquio relativo á los habitantes del castillo, y que nada había averiguado que motivara contra ella una desfavorable suposición.

— No sabría seguir adelante — añadió, — sin faltar á las leyes del honor.



La joven saltó fuera de su sillón con el impetu de una heroína que va á lanzarse al combate.

— ¡ Qué no adelantaréis más, caballero! — dijo. — Espero de vos otra cosa.

Tenia el rostro inflamado y sus ojos destellaban cólera.

— Si: — prosiguió; — reclamo la explicación que una mujer, cobardamente calumniada, tiene derecho á reclamar de todo hombre que pretende abrigar sentimientos de honor; la que una criatura sin madre, sin amigos, sola en el mundo, sin otro guía ni apoyo que ella misma, tiene derecho á exigir de aquéllos á quienes la suerte ha favorecido, en nombre del mis-

mo Dios que los ha puesto sobre la tierra: ¡ á ellos para la dicha y á ella para el sufrimiento! No me desatendáis, ó algún día, — añadió elevando los ojos en actitud solemne, — os arrepentiréis amargamente, si es que existe, acá abajo ó allá arriba, una justicia para las malas acciones.

A tan vehemente apóstrofe, perdi toda reserva; mi conciencia despertó, y, prescindiendo de falsas delicadezas, expuse, en claras y breves frases, lo que había sabido por Rashleigh.

No bien entré en explicaciones, Diana volvió á sentarse y á adoptar una discreta actitud. Al verme titubear en la elección de un modismo, exclamaba enseguida:

— ¡ Continúa, continúa! La primera palabra que se os ocurre es la más clara y, por consiguiente, la mejor. No penséis en lo que me pasa; hablad como la hariais con cualquier indiferente.

Imposible retroceder. Repetí, balbuceando, lo que Rashleigh me confiara de cierto arreglo de familia que imponía á la joven por marido á un Osbaldistone y de la dificultad en que ella se encontraba para elegirlo. De buena gana limitara á lo dicho mi confesión, pero era la joven demasiado ladina para aceptarla en tales términos, y adivinó lo que le ocultaba.

— ¡ Ah! ¿ Rashleigh os ha referido esa historia? Reconozco en ello su malsana naturaleza. Soy cual la pobre hija del cuento de hadas, prometida desde la cuna al Oso Negro de Noruega, la cual lloraba, como nunca, cuando sus compañeras la llamaban « la novia de la Bestia. » Pero, además de lo dicho, ¿ verdad que os ha revelado otra cosa interesante para él y para mí?

— Me ha dado á entender claramente que, á no ser por lo desagradable que le era el suplantar á un hermano, anhelaría, de veras, dado su cambio de carrera, que el nombre de « Rashleigh » llenara el blanco de la dispensa, en lugar de « Thorncliff. »

— ¡ Miren qué bondadoso! Es demasiado honor para su pobre sirvienta. Y... ¿ cree que ésta se sentiría orgullosa de semejante sustitución?

— Para no ocultaros nada, os diré que ha dejado entreverlo, insinuando después...

— ¿Qué? ; Quiero saberlo todo!

— Que había roto el lazo de vuestras antiguas relaciones por temor de que originara una intimidad de que su vocación eclesiástica le impediría sacar provecho.

— ¡ Muchas gracias por el escrúpulo!

Cada rasgo del delicioso rostro de la joven respiraba el más soberano desprecio. Ésta reflexionó un momento y, con su ordinaria calma, repuso:

— Lo que acabáis de manifestar no me maravilla; debía esperarlo, ya que, exceptuando una circunstancia, es la pura verdad. Mas así como hay venenos terribles, de los cuales parece que bastan algunas gotas para infectar toda una corriente, así Rashleigh ha derramado en sus confidencias perfidia suficiente para corromper el manantial de la verdad. La primera y más odiosa de sus mentiras estriba en que, sabiendo las razones que tengo para conocerle, sabe que nada del mundo puede decidirme á unir mi suerte á la suya. ¡ No! — exclamó como agitada por una especie de sacudida de horror. — ¡ No! Cualquiera destino menos ese! El borracho, el jugador, el bruto, el chalán, el imbécil son mil veces preferibles á Rashleigh, y antes que todos, el convento, la cárcel, la tumba!

Había en su voz un acento de desgarradora melancolía, que se armonizaba perfectamente con lo raro de su conmovedora situación. Tan joven, tan bella, sin experiencia, abandonada á sí misma, veíase privada del apoyo natural que dan la presencia y la protección de otras mujeres, y hasta de la especie de defensa que es privilegio de su sexo en la sociedad urbana.

Apenas será metáfora el consignar que mi corazón manaba sangre por ella. Y, no obstante, ¡ cuánta dignidad en aquel desdén de las formas usuales! ; Cuánta grandeza en su desprecio de la falsedad! ; Cuánta firmeza de carácter en su modo de afrontar los peligros que la rodeaban! La lástima que me inspiraba confundíase con la más ardiente admiración. Tomárasela por reina abandonada de los suyos, despojada de su poder,

pisoteando esas reglas de conducta buenas, á lo más, para los inferiores, y no contando, en su desdicha, sinó con la justicia divina y la inquebrantable fortaleza del alma.

Quise expresarle los sentimientos de cariño y de simpatía que hacían nacer en mí sus desventuras y su valor, é interrumpíome al instante.



Diana Vernon.

— Os tengo dicho, bromeando, que no gusto de cumplidos, y os diré seriamente que no solicito compasión y que los consuelos me fatigan. Lo que he debido sufrir lo he sufrido; lo que me toca sufrir aún lo soportaré como pueda. No hay pala-

bra alguna de conmiseración que pueda aligerar, en lo más mínimo, al esclavo, de la carga que pesa sobre él. Sólo un ser en el mundo podía auxiliarme, y ha preferido aumentar mis miserias: Rashleigh... Un tiempo fué, ciertamente, en que hubiera podido yo aprender á amar á ese hombre; pero ¡Dios mío! ¿cómo olvidar el plan que le indujo á insinuarse en la confianza de una criatura abandonada, la perseverancia inflexible con que la persiguió, año tras año, sin un solo instante de remordimiento ó de compasión; el motivo que le hubiera hecho convertir en veneno el alimento que daba á su espíritu? ¡Providencia divina! ¿qué hubiera sido de mí, en este y en el otro mundo, á caer en los lazos de ese consumado bribón?

Indignóme de tal modo imaginar el horrible complot cuyo velo acababa la joven de levantar, que puse mano en la espada y lancéme en busca del miserable para descargar en él mi legítima saña. Respirando apenas y con miradas en que á la expresión del desprecio y de la ira reemplazaba la del azoramiento más vivo, miss Vernon se precipitó por delante de mí.

— ¡Detenéos! — exclamó. — ¡Detenéos! Por justa que sea vuestra cólera, no conocéis todavía la mitad de los secretos de esta horrible prisión.

Lanzó una inquieta ojeada al rededor de la estancia, y, bajando la voz hasta convertirla en murmullo, añadió:

— ¡Algún hechizo protege su vida! No podéis atacarle sin poner en peligro otras existencias, sin provocar una mortandad. A no ser así, ¿creéis que esta débil mano no hubiera adelantado, por su cuenta, la hora de la justicia?— Y, restituyéndome á mi puesto, terminó diciendo:— Antes os he dicho que no necesito consuelos; ahora os digo que no necesito vengador.

Maquinalmente volví á ocupar mi asiento y, meditando aquellas últimas palabras, recordé lo que había olvidado en el primer calor de la indignación: que no tenía derecho alguno á constituirme en campeón de Diana. Ésta calló durante algunos minutos á fin de dar á nuestras emociones tiempo bastante para calmarse, y continuó en tono más tranquilo:

— Os lo repito: un misterio de naturaleza formidable envuelve á Rashleigh. Infame como es y aunque sepa que conozco su infamia, no puedo... no me atrevo á insultarle ni menos á romper con él. Vos mismo, señor Frank, debéis tomar vuestro partido y contrarestar sus malas artes á fuerza de prudencia; pero ¡en nombre del cielo! basta de escándalo, basta de escenas violentas como la de anoche, que sólo servirían para darle peligrosas ventajas sobre vos. Con esto, quedáis ya prevenido. Para lograr que lo estuviérais os he invitado á esta entrevista. Mis confidencias han ido más allá de lo que me había propuesto.

Le aseguré que no las había malogrado, y añadió:

— No: creo que no me he engañado. Hay un no sé qué en vuestra fisonomía y en vuestros modales que autoriza la confianza. Seamos siempre amigos. No debéis temer— observó sonriendo y sonrojándose un poco, pero su voz siguió clara y franca, — que el nombre especioso de amistad oculte, como dice el poeta, otro sentimiento. Educada entre hombres, y acostumbrada á pensar y á conducirme cual ellos, participo más de su sexo que del mio. Además, un velo fatal me cubre desde la cuna, y jamás, podéis creerlo, jamás he pensado en llegar á la odiosa condición que puede separarlo de mí. La hora de adoptar una resolución irrevocable no ha sonado aún, y no aspiro, al igual que los restantes comensales de la naturaleza, sino al goce libre de la tierra y del aire por durante el mayor tiempo posible. Y... ya que el pasaje del Dante está puesto en claro, os ruego que vayáis á ver qué es de nuestros cazadores. Por mi parte, duéleme tanto la cabeza, que no me encuentro en disposición de acompañaros.

También yo me sentí indispuerto para reunirme á una partida de caza. Experimenté necesidad de un paseo solitario, para refrescar mis sentidos antes de hallarme de nuevo en compañía de Rashleigh cuyos malvados cálculos acababan de serme revelados de una manera tan horrorosa. En la familia Dubourg, que pertenecía á la religión reformada, había oído ciertas historias de presbíteros católicos que violaran, desde los derechos de la amistad y de la hospitalidad, hasta los más sagrados lazos